

sente que los hombres practican la mentira sin decirla, y que todas las apariencias falsas son mentiras.

“Aquel, pues, que ve perjudicado á su patrón, y descuida hacérselo saber, es igualmente culpable, sin olvidar además que está practicando una mentira. La falta de puntualidad es una mentira.

“Habla y obra con franqueza en toda ocasión. Los errores serán menos, y el trabajo se aminorará.

“Rara vez ocurre que podamos hacer algunos servicios importantes, pero los pequeños servicios siempre estarán en la posibilidad de muchos. Aprovechad, pues, toda oportunidad de ayudarnos mutuamente, — de ese modo serviréis mejor á vuestros patrones, y también mantendréis un espíritu de cordialidad y buena voluntad entre vosotros mismos.

“Un buen cristiano tiene que ser un buen servidor. Cualquiera que sea vuestra suerte en la vida, tened presente sobre todas las cosas, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.”

CAPÍTULO X.

PATRONES Y EMPLEADOS.

Secariase el sudor de la laboriosidad y concluiría, á no ser por el fin por que trabaja. SHAKESPEARE.

El hombre es un almacén de reglas, un fardo bien empaquetado, cuya más pequeña porción está dirigida por una ley. JORGE HÉBERT.

El cuidado conserva lo que gana la laboriosidad. Quien cuida de sus negocios con actividad pero no cuidadosamente, arroja con una mano lo que recoge con la otra. COLTON.

La adquisición de propiedad, la acumulación de capital, ya están en las facultades de la clase trabajadora mejor retribuida; y la legislación tiene que dar ya muy pocas facilidades, ó que remover muy pocos obstáculos. Sus ahorros son ahora tan grandes, que no se necesitan más que hábitos más sobrios y un criterio más sano para convertirlos en capitalistas independientes, en menos de la mitad del tiempo de una existencia.

W. R. GREG.

Los patrones pueden hacer muchísimo para estimular los hábitos de ahorro, prudencia y sobriedad entre sus operarios. Aunque el obrero no quiera ser patrocinado, no tiene inconveniente en ser ayudado. Ya hemos visto que los individuos pueden hacer mucho; pueden cultivar los hábitos de economía, y depositar una cierta cantidad de lo que ganan para ayudarse en los tiempos calamitosos. Pero necesitan estímulo y apoyo. Necesitan simpatía; necesitan ayuda.

Si los patrones comprendieran bien la inmensa influencia que poseen, concederían su simpatía y su confianza á los operarios, lo cual les costaría muy poco, y les produciría mucho beneficio. No conocemos un solo ejemplo en que un patrón haya manifestado interés por el bienestar social y adelantado de sus operarios, en que no haya sido retribuido por el creciente respeto y celo por sus intereses. Puede, por ejemplo, arreglar que los salarios no sean pagados de modo que deban ir tarde de la noche los sábados, donde á menudo se ven en la necesidad de hacer sus compras para la semana con gran desventaja. Por supuesto, los operarios que tienen á mano sus pequeños ahorros, pueden hacer sus compras con mayores ventajas en cualquiera otro día. Los patrones podrían evitar también el hacer los pagos de salarios en las tabernas, y de esa manera quitar á sus operarios la tentación de incurrir en un gasto de bebidas, que fácilmente podrá resultar perjudicial.

Pero los patrones pueden hacer más que esto. Pueden ayudar activamente á sus operarios en la formación de hábitos prudentes, estableciendo Bancos de Ahorros para hombres y mujeres; y Bancos de Peniques para los jóvenes de ambos sexos, estimulando la formación de clubs de previsión y sociedades constructoras, de clubs de provisiones y vestuarios, y por muchos otros medios. Podrían distribuir también entre ellos, sin una oficiosa intervención, buenos consejos sobre el modo de sacar el mejor provecho de sus salarios. Muchos patrones de grandes establecimientos ya han realizado grandes bienes prácticos, estimulando la formación de instituciones previsoras, en lo que nunca han dejado de captarse el respeto, y generalmente la cooperación de sus operarios.

Al mismo tiempo hay mucha necesidad de simpatía entre los patrones y los empleados. En realidad, la falta de simpatía ha penetrado en todas las clases, las clases más pobres, las trabajadoras, las medias y las superiores. Hay entre ellas muchos huecos sociales, que aun no pueden ser llenados. "Si se me preguntara," — dijo el juez Talfourd, de quien se estaba

apoderando la muerte en ese momento, "¿cuál es la gran falta de la sociedad inglesa, para unir una clase con otra,? yo diría en una palabra, que es la *falta de simpatía*." Es una gran verdad, pero que aun no ha sido apreciada. Es la vieja verdad sobre que está fundado el cristianismo: *Amaos los unos á los otros*, dicho sencillo, pero que contiene en sí un evangelio suficiente para renovar la sociedad. Mas los hombres están tan separados en clases, y están tan distantes, que apenas se podrá decir que se conocen entre sí, y no pueden tener el debido miramiento social ni ninguna consideración, mucho menos una genuina simpatía ó un afecto verdadero los unos por los otros.

La caridad no puede remediar el mal. Dar á los pobres dinero, colchas, carbón y cosas por el estilo, donde falta el espíritu de simpatía, no vale gran cosa. La caridad de la mayor parte de los lores y ladies bienhechores, principia con el dinero y allí concluye. El sentimiento por el prójimo está ausente. Los pobres no son tratados como si ellos fuesen de la familia común del hombre, ó como si el mismo corazón humano no latiera en sus pechos.

Los patrones y los trabajadores viven en la misma condición, sin simpatía ninguna. *Cada uno para sí*, es su divisa. "No me importa que otro se ahogue, con tal de que yo sobrenade." Un hombre que estaba en una posada, fué despertado bruscamente de su sueño: "Hay fuego en la casa de la esquina de la calle, le dijo el mozo. "No me molestéis, repuso el viajero, hasta que se esté quemando la casa inmediata." Un patrón les dijo á sus trabajadores: "Vosotros tratáis de sacar todo lo que podéis de mí, y yo trato de sacar todo lo que puedo de vosotros." Pero esto no puede ser. El hombre que tiene dentro de sí alguna simpatía, no puede permitir que estas consideraciones predominen sobre la mejor parte de su naturaleza. Debe ver el lado más brillante de la humanidad siempre vuelto hacia él. "Pensar siempre lo peor, decía lord Bolingbroke, he encontrado que es el signo de un espíritu ruin y de un alma baja."

Por otra parte, considera la clase operaria que sus intereses son completamente diferentes de los de sus patrones. Quieren sacar lo más posible de su trabajo. Quieren que el trabajo sea caro para poder conseguir salarios altos. Así, pues, no existiendo simpatía mutua ni sentimientos amistosos entre las dos clases, sino tan sólo consideraciones de dinero, son frecuentes las colisiones y resultan las huelgas. Ambas clases, apoyadas por sus compañeros, se resuelven á *terminar la contienda*, y de ahí que tengamos huelgas tan destructoras como los de Préstón, Newcastle y Gales del Sur.

El gran objetivo de ambos es el lucro, ganancia mundana, que algunas veces encierra una pérdida final terrible. Se extiende una desconfianza mutua, y la sociedad se gangrena hasta el corazón. Sólo se encontrará el remedio acariciando una simpatía cristiana más lata, y una benevolencia más verdadera. Solamente así podrá suavizarse y purificarse el aliento de la sociedad. No son de provecho alguno los regalos de dinero, entre el rico y el pobre. Á no ser que haya entre ellos un fondo de bondad, y una asociación realmente humana, nunca será vencido el mal y la maldición de que se lamentaba el excelente juez Talfourd en sus últimos momentos.

Algunos sostienen que esta falta de simpatía emana en su mayor parte de los males de la concurrencia. Es *cobardo, egoísta, dañina, ruinosa*, etcétera. Dicese que produce la miseria y la pobreza hasta lo infinito. Se la acusa de que baja los precios, y casi lo mismo al levantarlos. La concurrencia tiene anchas espaldas, y puede soportar cualquier carga.

Á pesar de eso, hay algo que decir en favor de la concurrencia, lo mismo que en contra de ella. Es una lucha que debe ser admitida. Toda vida es lucha. Entre los operarios, es la concurrencia lucha para avanzar hacia salarios más elevados. Entre los patrones, para sacar las mayores ganancias. Entre los escritores, predicadores y políticos, se lucha para tener éxito, para ganar gloria, reputación ó rentas. Como todo lo humano, tiene en sí una mezcla de mal. Si un hombre

prospera más que los otros ó si algunas clases de hombres prosperan más que otras, dejan tras de sí á otras clases de hombres. No es que dejen á aquéllas peor, sino que adelantan.

Detened la concurrencia, y sólo contendréis el progreso de individuos y de clases. Conservaréis un nivel uniforme entorpecido. Haréis la estereotipia de la sociedad y de sus diversos órdenes y condiciones. El móvil de la emulación desaparece, y la casta, con todas sus malas consecuencias, se perpetúa. Detened la concurrencia, y detendréis la lucha del individualismo. También detenéis el adelanto del individualismo, y con ello el de la sociedad en general.

La concurrencia pone al ocioso en la necesidad de esforzarse, y si no quiere esforzarse, tiene que quedarse rezagado. Si no trabaja, tampoco debe comer. ¡Holgazán, amigo, no debéis esperar que yo haga mi parte de trabajo en el mundo y también la vuestra! Debéis ejecutar el trabajo que os corresponde, economizar vuestro dinero, y no esperar que yo y otros os libremos del asilo de los pobres. Hay bastante para todos; pero estáis obligado á hacer la parte de trabajo que os corresponde.

El éxito emana de las luchas para vencer las dificultades. Si no hubiese dificultades, no habría éxito... Si no hubiese nada por qué luchar y competir, nada se realizaría. Es bueno, pues, que los hombres se hallen en la necesidad de esforzarse. En esta necesidad de esforzarse encontramos el origen principal del progreso humano, así el progreso de los individuos como el de las naciones. Ha conducido á la mayor parte de los espléndidos inventos y mejoras mecánicas del siglo. Ha estimulado al constructor de buques, al comerciante, al fabricante, al maquinista, al hábil obrero. En todos los ramos de la industria productora, ha sido la fuerza motriz. Ha desarrollado los recursos de este y otros países, los recursos de la tierra, y el carácter y las cualidades de los hombres que viven sobre ella. Parece que es absolutamente necesaria para estimular el crecimiento y la cultura de cada individuo. Está profundamente arraigada en el

hombre, conduciéndole siempre para que busque y trate de realizar algo mejor y más elevado de lo que haya obtenido hasta el presente.

Por supuesto, el hombre es mucho más que un ser contendiente. Esto es solamente uno de sus rasgos característicos y no es el más elevado ni el más noble. Tiene sensibilidades, simpatías y aspiraciones, que debieran inducirle á unirse y cooperar con otros en los trabajos para el bien común. Con individualismo libre, puede haber, ó debiera haber, cooperación benéfica para la felicidad general. Los hombres pueden unirse para el trabajo, para producir y para participar entre sí de los frutos de su laboriosidad reunida. Pero en cualesquiera circunstancias existirán el instinto de la concurrencia, las ocasiones para la concurrencia, y aunque mezcladas con el mal necesario, existirán las ventajas finales de la concurrencia.

Uno de los resultados de la laboriosidad y del ahorro es la acumulación del capital. El capital representa la abnegación, la previsión y los trabajos de lo pasado. Los acumuladores de capital que han tenido más éxito han salido en todo tiempo de las mismas filas del trabajo, son operarios que han adelantado á sus compañeros, y ahora emplean personas en vez de estar empleados ellos mismos. Estas personas, que no por haber dejado de ser trabajadores manuales dejan de ser hombres laboriosos, al crear y extender la esfera de la industria productiva, deben ser consideradas como pertenecientes á la clase de los más positivos bienhecheros del pueblo, é indiscutiblemente forman parte de las principales fuentes del poder y riqueza de cualquier nación. Sin el capital acumulado por sus ahorros durante muchas generaciones, sería muy precaria la suerte del artesano.

No existe ningún trabajador que no tenga el uso del dinero del patrón que le ocupa. Cuando el inhábil labrador pone á un lado su azada, deja ocioso un capital que vale diez y ocho peniques; pero cuando un diestro artesano deja su fábrica ó su taller, queda ocioso un capital que representa de cien á doscientas libras esterlinas por hombre. Ni el operario hábil

corre tampoco ningún riesgo por lo que se refiere á las sumas invertidas, aunque participa en realidad de las ganancias en la forma de los salarios que se le pagan por su trabajo. La ganancia que queda es la remuneración del patrón por su administración y riesgos. Sin embargo, es que los riesgos no siempre son cubiertos, como lo demuestra *la Gaceta*, en los malos tiempos harlo abundantemente.

El operario que tiene un buen empleo no está sujeto á pérdidas á causa de malas deudas, no tiene maquinaria anticuada que de tiempo en tiempo queda fuera de uso en sus manos, y no tiene gasto ninguno para buscar un mercado para sus mercancías, ni temores respecto de las fluctuaciones en el precio de la materia primera. Ésas son ventajas importantes, que generalmente no tiene en cuenta. Es cierto que sufre si el negocio es malo, pero gana salarios crecidos si anda bien y puede ahorrar dinero si así le place. Puede decirse que participa de la adversidad ó de la prosperidad de su razón social, pero sin incurrir en ninguna de las responsabilidades de los socios.

Carlyle ha dado una curiosa relación del gran fabricante inglés. "Plugson, de St. Dolly Undershot, semejante al filibustero, dice á sus trabajadores: Nobles tejedores, esto son los cien mil que hemos ganado, en el cual pienso residir y plantar mis viñas. Los cien mil son míos, los tres chelines y seis peniques diarios eran vuestros. Adiós, ¡nobles tejedores! bebed á mi salud con esta moneda que doy á cada uno como regalo."

Este bosquejo del fabricante filibustero es una pintura hecha por un hombre de genio y sacada de su imaginación. Habrá probablemente muchos lectores que crean que esta pintura está copiada de la realidad. No hay duda que habrá quizá patrones filibusteros, pero también hay patrones que no son filibusteros. Hay fabricantes que no son honrados, conforme hay literatos, arrendadores y comerciantes que tampoco lo son. Pero debemos creer que en todas las ocupaciones la guía es la honradez, y la excepción el dolo. En todo caso, es mejor que sepamos lo que son efectivamente los fabricantes, más bien por la realidad que por la ficción.

Tomemos primeramente una fuerte casa de fabricantes, ó más bien una serie de casas, bien conocidas, del sur del condado de Lanca. Nos referimos á las fábricas de algodón de los señores Ashworth, en Egerton y New Eagley. Han estado establecidas desde hace más de setenta años. Han sido engrandecidas repetidas veces, y un número siempre creciente de obreros empleado con salarios uniformes pagados en todo el distrito. Los operarios ganan desde diez y siete chelines hasta dos libras esterlinas por semana. Los tejedores pueden ganar hasta veinte y un chelines semanales. Donde los padres tienen hijos empleados llegan á ser las ganancias reunidas de las familias, de ciento cincuenta hasta doscientas libras esterlinas al año.

Veamos lo que han hecho los Ashworth en beneficio de sus operarios. La educación escolar por medio de las clases de instrucción mutua, estaba en ejercicio desde el principio, pero por el año 1825, cuando fueron aumentadas las obras, y la población había crecido considerablemente, fué abierta una escuela diurna para niños, que era escuela nocturna para los jóvenes, y también escuela dominical. El ensanche continuo de las obras condujo á un engrandecimiento de las comodidades de las escuelas, y cuando se proveyó á esto, se hicieron arreglos para un gabinete de lectura, una biblioteca, y para el servicio divino de los domingos. También se arregló un terreno destinado al *cricket* para el uso de los jóvenes.

Frecuentemente se manifestaba el temor de que el celo y los gastos en que incurrían los señores Ashworth se volvieran contra ellos mismos, para desagrado suyo y por pérdidas pecuniarias. La profecía se realizó en un solo caso. Un joven de considerable talento, que cuando era niño había sido pasado de la factoría de una fábrica vecina, hizo muy rápidos progresos en la escuela, especialmente en aritmética, y cuando tuvo lugar una huelga de obreros en 1830, uno de los años de grandes huelgas, mostró gran actividad como jefe. La huelga fué vencida con el empleo de nuevos operarios, y se atribuyó á la influencia de ese joven el que los empleados fueran asaltados brutalmente por una

muchedumbre enfurecida, y que las ventanas de la escuela fuesen hechas pedazos, y se cometieran otros actos de destrucción.

Los patrones prosiguieron, á pesar de esto, en su primitivo sistema. Compusieron el edificio de la escuela, y se esforzaron en aumentar la eficacia de la enseñanza. Creían que nada era más á propósito para hacer desaparecer las ignorantes preocupaciones que dar mayor enseñanza escolar. En muchísimos casos, los jefes de familia habían estado ocupados antes como tejedores de telares á mano, ó en alguna ocupación del campo; y se hizo evidente, con el tiempo, que el ejercitar sus espíritus en los detalles de una nueva ocupación despertaba sus inteligencias, y su porte general daba marcados indicios de una cultura más elevada.

Estando situadas en un valle estrecho las nuevas fábricas de Eagly, á algunas millas de Bolton, y estando la propiedad en poder de sus dueños, prohibieron que se abriera ninguna taberna ó despacho de cerveza en la propiedad; de modo que el distrito se distinguió por el orden y la sobriedad de sus habitantes. Un hombre de hábitos intemperantes tiene pocas probabilidades de permanecer en las villas de Ashworth. Es despedido, no por los patrones, sino por los mismos operarios. Tiene que avenirse con las costumbres sobrias del lugar, ó irse á algún pueblo más grande, donde sus vicios puedan ocultarse entre la multitud. Muchos de los padres han expresado cuánta satisfacción han sentido de que en razón de la situación aislada que han disfrutado como comunidad, hayan quedado tan completamente separados de la influencia corruptora de los cafés cantantes y de los despachos de bebidas.

Los patrones han agregado á sus demás vínculos para con los operarios, la erección de cabañas cómodas para que vivan mejor. Están construídas con piedra y son de dos piezas; algunas tienen dos dormitorios arriba, y otras tres. En el piso bajo hay una sala, un comedor y una despensa, con patio amurallado que rodea toda la casa. El propietario paga el impuesto de pobres y otras contribuciones locales, y el alquiler de las

casas varía desde dos chelines cuatro peniques, hasta cuatro chelines tres peniques semanales.

La regularidad de su ocupación, acompañada del pago de los salarios el viernes por la noche, es indudable que ha despertado su afición local por ese lugar. Muchos de los descendientes de los primeros que fueron allí, permanecen en el lugar; sus relaciones sociales han progresado, los matrimonios entre ellos han sido frecuentes; y durante todo el periodo no ha habido una sola causa por robo. Los operarios han adelantado lo mismo que sus patrones. Se sabe que gran número de ellos poseen fondos reservados en los Bancos de Ahorros y otros depósitos de ahorros, y hay otros que han invertido su dinero en edificar cabañas y en otras cosas.

¿Pero se han elevado los individuos sobre la suerte de los obreros tejedores? Lo han hecho. Aquellos de entre ellos que poseían aptitudes, habilidad y la facultad de organizar, han sido ascendidos desde las filas de operarios, y son administradores de fábrica. "Como unos treinta de entre éstos, dice Mr. Enrique Ashworth, han sido contados en el estímulo del momento, y diez de ellos han llegado á ser socios ó propietarios de fábricas... "Se cuentan varios fabricantes, agrega el Sr. Ashworth, que han hecho muchísimo para mejorar la condición de aquellos que ellos empleaban, y nadie pondrá en duda que á ello fueron impulsados, no por la mira del lucro, sino por el sentimiento de la benevolencia (1). "

Fabricantes como éstos no recogen sus fortunas como Plugson de St. Dolly Undershot, y se marchan dejando una moneda de cuatro peniques á cada uno de sus operarios para que beban á su salud. Quedan en su compañía de generación en generación. Los mejores y más nobles de entre ellos — los Asworth de Tyrton, los Strutt de Derby, los Marshall de Leeds, los Akroyd de Halifax, los Brook de Huddersfield, y muchos otros, — han continuado dirigiendo sus fábricas durante mu-

(1) La mayor parte de la información que precede se halla en la relación hecha por Mr. Enrique Ashworth, en los Informes sobre la Exposición Universal de París, 1867, vol. VI, pág. 161, 163.

chas generaciones. Los Strutt fueron socios de Arkwright, del cual se puede decir que fué quien dió principio á la fabricación inglesa. En realidad, solamente desde que Arkwright obtuvo su privilegio para su máquina de hilar, y Watt sacó el suyo para su máquina de vapor, es cuando Inglaterra se ha hecho un país fabril.

¿En qué condición estaría ahora Inglaterra si no hubiera sido por la energía, el espíritu de empresa y el espíritu público de nuestros fabricantes? ¿Podía haber mantenido la agricultura el aumento continuo de la población? ¿No es más probable que este país se hubiera visto cubierto de mendigos, ó que la propiedad hubiera sido asaltada y derribada la constitución, como aconteció en Francia, si no hubiese sido por el vasto y productivo empleo proporcionado á las clases trabajadoras en los distritos fabriles? Á la verdad, la válvula de salvación de Inglaterra ha sido la máquina de vapor. Puso al reino en estado de mantenerse firme durante las guerras continentales, y si no hubiera sido por ella y por las industrias que se habían establecido, habría descendido Inglaterra para este tiempo, probablemente, hasta la condición de una potencia de tercer ó cuarto orden.

Es cierto que los fabricantes se han enriquecido. ¿Pero es evidente que hubiera sido muy singular que con su laboriosidad, energía y facultades organizadoras, se hubieran empobrecido! Hombres de la talla de los Strutt, Ashworth, Marshall y otros, no trabajan solamente por el dinero, aunque la fortuna les alcance. No se han hecho grandes porque eran ricos, sino que se han hecho ricos porque eran grandes. Las acumulaciones de riqueza son el resultado más bien de excepcional laboriosidad, organización y ahorro, que no de ganancias excepcionales. Adam Smith ha dicho: "Rara vez ocurre que las grandes fortunas sean hechas por una rama de negocio regularmente establecida y bien conocida, excepto como consecuencia de una larga vida de laboriosidad, economía y contracción."

Pero no siempre es así. Mr. Lister, de Bradford, por ejemplo,

después de haber inventado su máquina de cardar, — ó por lo menos uniendo los inventos de otros en una máquina de cardar completa de su invención, — se puso á inventar una máquina para usar el desperdicio de la seda (que entonces se arrojaba como inútil), hilándola en seda de la clase más fina y por medio del telar movido por agua ó vapor, la tejía como terciopelo de la mejor calidad. La prueba no había sido intentada antes por ningún inventor; y parecía ser de una dificultad insuperable. Mr. Líster se había creado ya una fortuna por el éxito de su máquina de cardar, de tal consideración, que le permitía retirarse de los negocios y vivir cómodamente el resto de sus días. Pero, impulsado por el incansable espíritu del inventor, siguió adelante con su máquina de sedería. Como lo dijo en un *meeting* reciente de Brádfort (1): “ Podrían juzgar de lo mucho que había trabajado para vencer las dificultades que le rodeaban, cuando les dijera que durante veinte y cinco años no se había hallado una sola vez en la cama á las cinco y media de la mañana, y que no creía, en realidad, que en Inglaterra hubiera un hombre que hubiese trabajado más penosamente que él. ” Lo más notable fué que tiró una inmensa fortuna antes de tener ni siquiera probabilidad de lograr un éxito. “ Casi había llegado á la ruina, pues tenía £ 360,000 de menos en su caja antes que su máquina hubiese producido un solo chelín; más aún, anotó un cuarto de millón como completamente perdido, antes de abrir sus libros. De entonces acá su privilegio para la fabricación de la seda había dado por resultado ser una de las de mayor éxito de la época presente. ”

En el parque regalado por Mr. Líster al pueblo de Brádford, acaba de levantarse por subscripción pública una estatua. Fué descubierta por el muy honorable W. E. Fóster, quien al terminar su discurso, dijo: “ Después de todo, dudo si hemos venido aquí tanto para honrar á Mr. Líster, como para hon-

(1) El *meeting* tuvo lugar para recibir la transferencia del hermoso parque de Mr. Líster en Manningham, que había regalado á la municipalidad de Brádford, para que fuera siempre un parque para el pueblo.

rarnos nosotros mismos. Queremos honrar á aquellas facultades de trabajo que han hecho de nuestra Inglaterra un país práctico, y por lo tanto, grande y próspero y poderoso. Esta laboriosidad infatigable é incesante que posee Mr. Líster, esta inteligencia práctica, esta determinación de llevar á cabo cualquier objeto que está convencido de que debe ejecutarse, y su determinación de no temer ninguna oposición y no afligirse por ningún obstáculo, son estas facultades prácticas las que han hecho de Inglaterra lo que es. ¿ Qué es lo que estamos honrando especialmente? El brío que ha manifestado este hombre; el sentimiento que habiendo tenido que luchar con un negocio vencido, se dijo á sí mismo: “ Aquí hay algo que tiene que hacerse, no quiero descansar hasta que no haya encontrado el cómo debe hacerse; y una vez que haya encontrado la manera de hacerlo, ¿ cuál será el hombre que me ha de impedir que lo haga? Fué, pues, sobre este principio que estableció su larga lucha; así es que cuando leemos la historia de sus luchas, desde 1842, en esos dos grandes inventos, levantamos esta estatua al hombre que dió la batalla con éxito, y deseáramos que nuestros hijos y los hijos de todos, ricos y pobres, vengan en días futuros á admirarla, no solamente porque les presenta la forma y la fisonomía de un hombre rico y afortunado, sino porque les da la forma y la fisonomía de un hombre que estaba dotado de laboriosidad, de inteligencia, de valor, de perseverancia, — que no se ahorró trabajo alguno para averiguar las condiciones del problema que tenía que realizar, — y además, cuyo corazón jamás desfalleció, cuya voluntad no desmayó nunca al resolverse á realizar esas condiciones. ”

Los grandes hombres son ahorradores prudentes, y gastan con prudencia. Montesquieu ha dicho de Alejandro: “ Halló los primeros medios de su prosperidad y poder en la grandeza de su genio, los segundos, en su templanza y economía privada, y los terceros, en su inmensa liberalidad para realizar grandes propósitos. Poco gastaba para sí mismo; pero para fines públicos estaba siempre abierta su mano. ” Díjose también del

primer Napoleón que era económico como Carlomagno, porque era grande como Carlomagno. De ningún modo era Napoleón un pródigo, excepto en la guerra; pero gastaba grandemente para llevar á cabo grandes empresas públicas. En casos como éstos están bien unidas la economía y la generosidad. Y es así para todos los hombres que poseen energía, laboriosidad y grandes facultades organizadoras.

Podrá parecer fuera de propósito comparar los grandes productores con los grandes capitanes. Sin embargo, á veces requiere el fabricante tanto valor, tanto genio, tanta capacidad para organizar, como el guerrero. El uno atiende á conservar sus operarios en estado de poder trabajar, el otro de conservar sus soldados en condición de poder combatir. Ambos tienen que ser hombres de empresa, de valentía, de penetración viva, y de cuidadosa atención hacia los detalles. Y el fabricante por su posición, tiene que ser el hombre más benévolo de los dos. Mirado desde ese punto de vista, consideramos á sir Tito Salt, no solamente como á un capitán de la industria, sino como un feldmariscal de la industria. Ha sido apellidado el Príncipe de los fabricantes.

Tito Salt es hijo de un comerciante en lanas del condado de York. En sus primeros años fué agricultor cerca de Brádford, y su inclinación por la agricultura era tal, que se creía que continuaría siguiendo su vocación. Siendo, sin embargo, socio con su padre del negocio de lanas, y observando que las fábricas se extendían rápidamente en la vecindad, se retiró de la sociedad, y principió un negocio en Brádford como tejedor de lana. Fué uno de los primeros en estudiar la utilidad de la lana de alpaca. Grandes cantidades de ese material estaban almacenadas en Liverpool, importadas del Brasil. Pero la lana no encontraba compradores, hasta que al fin compró Mr. Salt una cantidad, y la tejió en una forma completamente nueva. En seguida compró toda la alpaca que se encontraba en Liverpool, hizo arreglos para comprar toda la que llegara al mercado, siguió tejiendo alpaca, y finalmente estableció la fabricación. Esta fué la base de la fortuna de Mr. Salt.

Por fin, después de unos veinte años de trabajo como fabricante, pensó retirarse Mr. Salt de los negocios, y volver á dedicarse á su ocupación favorita de la agricultura. Tenía intención de separarse el día que cumplierse cincuenta años; pero antes que llegara ese día (teniendo, que colocar á cinco hijos) cambió de resolución, y decidió continuar por un poco más de tiempo en el negocio, quedando á la cabeza de la razón social. Habiendo llegado á esta determinación, resolvió dejar á Brádford. La villa estaba ya demasiado poblada, y no quería formar parte para aumentar la población. Buscó un lugar á propósito para un establecimiento fabril, y por fin se estableció en un espacioso terreno en el hermoso valle de Aire. Un ramal del ferrocarril de Leeds y Brádford estaba enfrente, y el canal de Leeds y Liverpool detrás, de modo que había toda facilidad para transportar la materia primera y remitir las mercancías fabricadas. En ese sitio fué establecido Saltaire, noble monumento de la empresa, la liberalidad y la sabiduría particular.

No es necesario describir á Saltaire. Los edificios anexos á la fábrica cubren seis acres y medio de terreno. El principal tiene quinientos cincuenta pies de largo. La galería para los telares cubre unos dos acres. La galería para los cardadores, un acre. Todo es grande, espacioso y sólido. El costo de la construcción de la factoría y las habitaciones para los operarios ascendió á más de ciento cuarenta mil libras esterlinas.

El día de la inauguración, dió Mr. Salt una comida de tres mil quinientas personas en el salón de los cardadores. En la comida dijo: "No puedo mirar en torno mio, y ver esta gran reunión de amigos y de operarios, sin sentirme presa de verdadera emoción. Me siento honradísimo con la presencia del noble caballero que está á mi lado. Estoy particularmente encantado por la presencia de mis operarios... Espero atraer en torno mio una población que gozará de las bellezas de estos alrededores, una población de operarios bien pagados, contentos y felices. He dado instrucciones á mis arquitectos para que nada se economice y que las viviendas de los operarios sean un

modelo en el país, y si la divina providencia me conserva la vida, espero ver la satisfacción, el contento y la felicidad en torno mío."

Esta promesa ha sido realizada completamente. Mr. Salt ha sido impelido siempre por su sentimiento del deber y de la responsabilidad. Cuando el gobierno francés le pidió informes sobre su factoría, contestó: "Lo que se ha ensayado en Saltaire surgió de mi propio sentimiento y criterio privados, sin la más remota idea de que sería hecho objeto de interés é investigación pública." Por lo que hace á la factoría misma, poco tiene que decirse. El objeto de su construcción es ahorrar tiempo en el procedimiento de la producción. No se pierde un solo minuto en empujar el material de un departamento al otro. Toda fuerza de un caballo de vapor está utilizada por completo, se economiza todo minuto, y de esa manera se aumenta muchísimo la capacidad productora de la factoría.

Preferimos hablar del inmenso adelanto que ha producido en las condiciones físicas y morales de sus operarios Mr. Salt, ó más bien dicho, sir Tito Salt. El plano de las fábricas enseña que Saltaire ha sido provisto de una iglesia, una capilla wesleyana, y una asociación literaria y filosófica. Se han establecido grandes escuelas para niños y niñas, con grandes terrenos para que jueguen en ellos. Para los hombres jóvenes como para los de edad madura, existe un terreno para jugar al *cricket*, otro para las bochas, y un campo abierto para el *croquet*, rodeados de terrenos para paseos. Hay también un gran salón comedor, baños y lavaderos, botica y hospital para pensionistas.

Como tres mil personas están empleadas en las obras, y se han edificado setecientas cincuenta y seis casas para su alojamiento. Los alquileres son desde dos chelines y cuatro peniques hasta siete chelines y seis peniques semanales, según el alojamiento. Algunas de las casas son casas de huéspedes. Los alquileres de casa incluyen los derechos parroquiales y la provisión de agua, y el gas se vende á un precio barato. Las bañías son de piedra, cubierta de enladrillado. Contienen una

sala ó pieza grande, una cocina ó espetera, una despensa y sótano y tres dormitorios. Cada casa tiene un patio separado con las dependencias de costumbre. Los operarios pueden pagar bien los alquileres. Los operarios solteros ganan desde veinte y cuatro hasta treinta y cinco chelines semanales. Una familia formada de un padre y seis hijos gana cuatro libras y cuatro chelines por semana, ó el equivalente de una entrada en junto de más de doscientas veinte libras al año.

Las cómodas casas construidas para los operarios han despertado en ellos un sentimiento que los ha llevado á adornar sus viviendas con primor y gusto — signo seguro de felicidad social. Todo el que visita á los pobres sabe cuánto contribuyen esas cosas á impedir el vicio y la enfermedad, á elevar el tono moral de los operarios y á desarrollar sus facultades intelectuales. Un hombre en una casa sucia, dice Mr. Rind, el médico de Saltaire, es lo mismo que un mendigo con harapos. Pronto deja de tener respeto propio, y cuando éste se ha perdido, queda ya poca esperanza.

En Saltaire se atiende mucho á la educación, hasta á la superior. Hay escuelas diurnas y nocturnas, clases de mejoramiento mutuo, conferencias y debates. La música, uno de los placeres más humanizadores, es uno de los estudios más favoritos. "En casi todas las casas del pueblo se encuentra algún instrumento, y á la verdad han llegado á ser nombres caseros las sociedades corales ó de canto, lo mismo que las bandas de música." Hay una banda completa de instrumentos de cobre para los hombres y otra de tambores y pifanos para los muchachos; y se dan con regularidad conciertos vocales é instrumentales por los operarios en el salón comedor. Las bandas tienen maestros costeados por la razón social.

Á más de tomar parte en las fiestas musicales, consagran sus ocios gran número de operarios hábiles á varias distracciones científicas, tales como la historia natural, el arte de preparar y conservar las pieles, la construcción de instrumentos físicos, tales como las bombas neumáticas, modelos de maquinarias fabricadas, máquinas de vapor, y artículos de ajuar doméstico,

y algunos han llegado á fabricar órganos y otros instrumentos musicales.

No hay tabernas en Saltaire, de modo que están excluidos de la localidad los vicios y enfermedades que acompañan á la embriaguez. Las enfermedades peculiares de la miseria son también desconocidas en Saltaire. Todo está previsto allí, el desahogo, la purificación y la ventilación. Hay baños de todas clases, baños de alberca, baños calientes, baños turcos y baños de ducha; y la casa lavadero, que facilita á las mujeres lavar la ropa fuera de sus cabañas, es una gran ventaja, por cuanto es lo más perjudicial el lavado dentro de la casa, siendo origen de abundantes enfermedades, especialmente en los chicos.

Los operarios son también económicos. Colocan sus ahorros en el banco de peniques y en el banco de ahorros, mientras que otros colocan su dinero en diversas sociedades constructoras, compañías de gas y otras empresas lucrativas. En verdad, parecen pertenecer á los seres humanos más favorecidos. No es una maravilla que Saltaire haya adquirido nombre, y que sir Tito Salt se haya formado una reputación entre sus semejantes, si se tiene presente que allí está atendida toda comodidad y necesidad, como todo placer propio, con habitaciones cómodas, y todo atractivo para permanecer en el hogar doméstico, con clubs de pesca, clubs de regatas y clubs de cricket, — con escuelas, institutos literarios, sala de conferencias, museo y salas de clases, establecidos en su centro y para coronar todo esto, un hermoso templo para el culto de Dios.

Existe un gran número de patrones, que tratan á sus operarios tan generosamente, aunque no de un modo tan regio, como sir Tito Salt. Pagan el valor uniforme de los salarios; ayudan y estimulan á sus empleados para que economicen sus ganancias sobrantes; establecen bancos de ahorros y bancos de peniques para su uso particular, les ayudan en la formación de asociaciones cooperativas para la compra de alimentos puros y á precio más barato; edifican cabañas sanas para su alojamiento; erigen escuelas para la educación de sus hijos; y les

ayudan en todo aquello que tiende á promover su mejora moral y social.

Mr. Eduardo Akroyd, individuo del Parlamento por Halifax, es otro fabricante que ha ejercido grande influencia en todo el condado de York, gracias al estímulo que daba á sus obreros para que ahorraran. En su mismo distrito, en Capley y Haley Hill, cerca de Halifax, ha edificado numerosas y excelentes cabañas para sus obreros, y los ha estimulado á que construyeran sus propias casas invirtiendo los ahorros de sus ganancias en sociedades constructoras. Ha establecido sociedades cooperativas, para proporcionar á los operarios que compren alimentos y vestidos á precio de costo. Ha edificado escuelas excelentes á su costo, y las ha provisto con maestros retribuidos. Ha edificado y dotado la lindísima iglesia de *Todas las Almas*, cuyo arquitecto fué Gilberto Scott, á la cual le ha sido asignado un gran distrito, incluyendo las fábricas. Ha establecido para sus operarios de Haley Hill y de Copley, una sociedad literaria y científica, una sociedad de Mejoramiento Mutuo, una Biblioteca de operarios (á la que ha regalado más de cinco mil libros,) un club y un gabinete de lectura de operarios, una sociedad coral provista de una excelente biblioteca musical; un club de recreo, con un sitio para el cricket, con juegos de tejos y aparatos de gimnasia. Mr. Akroyd ha distribuido un terreno grande á sus operarios, dividiéndolo en jardines pequeños, que varían desde cien á doscientas cuarenta varas cuadradas cada uno. El corto alquiler que se cobra por cada lote es distribuido en premios que se dan en una exposición floral que tiene lugar anualmente allí, á los mejores cultivadores de flores, plantas y verduras. Ésta es la Sociedad Horticultora y Floral de Haley Hill, unas de las sociedades más florecientes, de su clase, en los alrededores. En pocas palabras, Mr. Akroyd ha hecho todo lo que puede hacer un patrón discreto y de conciencia, con el propósito de elevar el bienestar moral é intelectual de cuatro mil personas empleadas en sus fábricas, que en realidad estaban á su cuidado.

Pero aunque Mr. Akroyd ha hecho tanto como pueda hacer

un patrón en favor de los hombres y de las mujeres empleados por él, ha hecho quizá más como bienhechor público al establecer en el condado de York el Banco de Peniques para los ahorros. Ya en 1832 estableció Mr. Akroyd un banco de ahorros para facilitar á sus operarios el depositar sumas desde un penique para arriba. Se vió que marchaba tan bien el asunto, y que tenía una influencia tan benéfica para hacer previsores á los individuos, que concibió la idea de extender sus operaciones en todo el distrito occidental del condado de York. Habiendo conseguido la cooperación de varios caballeros influyentes, se promovió el asunto en 1836 y se consiguió una Acta del Parlamento para constituir el Banco de ahorros de peniques del condado de York tal como existe hoy.

Mr. Akroyd acaba de proporcionar una Introducción á la relación del Banco de peniques del condado de York, del cual extractamos el siguiente pasaje :

“El modo como suelen penetrar en el espíritu de los hombres los pensamientos, ó las sugerencias casuales, es cosa singular. Pueden ser producto de caprichosa fantasía, ó pueden ser los murmullos de un origen más elevado. Á esta última causa me siento dispuesto á atribuir la idea que brilla á través de mí mente este año, de dar al público algo más que el solo boceto del caso, en el cual durante algunos años han tomado muchos de ellos un caluroso interés personal.

“Aconteció de este modo. Estando en la ciudad, asistía de vez en cuando, durante la cuaresma, á los servicios divinos en la capilla de Whitehall, con la idea de oír un sermón de cuaresma predicado por uno de los capellanes de Su Majestad. Uno de los notables sermones de la serie fué pronunciado por el reverendo Carlos Kingsley, el 12 de marzo, en nombre de la Sociedad Suplementaria de Señoras de la Sociedad de las Mujeres de la Misión Parroquial de Londres. En la reseña que el predicador hizo de esta excelente asociación, mencionó un libro titulado *Este y Oeste* en el que están expuestos con claridad los beneficios obtenidos por los pobres de Londres de esta asociación, pero trató principalmente de la gran separación que divide

al rico del pobre, una clase de otra, en Londres, y de los peligros que amagan á la sociedad por esta causa, como quedó demostrado últimamente en Francia. La impresión que me produjo el sermón fué tal, que antes que hubiesen pasado muchos días ya había comprado el *Este y Oeste* y había dado al libro una atenta lectura.

“Por observación anterior ya había sido sorprendido por el triste contraste entre la vida brillante en medio del lujo de los que residen en el lado oeste de Londres, y la lucha por una existencia penosa y mísera que están obligados á sostener hasta que la muerte termina la escena, los hacinados pobres en el este, ó que están en estrechas viviendas en otras partes. Cómo echar un puente sobre el ancho vacío que existía entre los dos de alta y baja sociedad, sin lastimar el respeto propio de ninguna de ellas, era la cuestión difícil, el problema que había que resolver. Sin embargo de la admirable introducción de esta obrita de la condesa Spéncer, resultaba que una dama de alto rango, y sus asociados de noble espíritu, hasta cierto punto habían resuelto el problema y echado un puente sobre el vacío.

“Esto me condujo á reflexionar que sería mucho más fácil cumplir con nuestros deberes para con nuestros vecinos, y realizar el propósito principal de la Sociedad de las mujeres de la Misión Parroquial, que consiste en *ayudar á los pobres para que se ayuden á sí mismos*, en los pueblos de las provincias y el campo, donde todos nos conocemos personalmente, que no en Londres, donde no conocemos al vecino que vive en la casa del lado. *Ayudar á los pobres para que se ayuden á sí mismos*, es el principio cardinal del Banco de Peniques del condado de York (1).”

El asunto del banco principió el 1.º de mayo de 1839. Al fin del año, cuando el banco había estado siete meses en movimiento, ya habían sido establecidas veinte y cuatro sucursales. Continuó aumentando el número de sucursales y de im-

(1) *El Banco de Peniques del condado de York*, reseña, con una Introducción por Eduardo Akroyd, individuo del Parlamento.

nentes y también las cantidades depositadas. En 1874, ya estaban establecidas como doscientas cincuenta sucursales, y la cantidad de depósitos casi había alcanzado á cuatrocientas mil libras esterlinas.

El Banco de Peniques del condado de York no choca con el Banco de Ahorros del Correo. Tiene un objeto especial, el de enseñar á los jóvenes de ambos sexos *el hábito del ahorro*. Es también de utilidad para el trabajador adulto como un receptáculo conveniente para sus ahorros. Muchos han sido inducidos á ahorrar, á consecuencia de que los bancos han sido puestos casi á sus puertas. Uno de los rasgos más notables que se relacionan con la historia de los bancos de peniques es la influencia simpática del ahorro de los niños sobre la falta de consideración é intemperancia de los padres. El hecho es digno de llamar la atención de los defensores de la templanza, quienes probablemente producirían muchísimo más bien práctico facilitando á los operarios el que ahorrasen su dinero y lo pusieran en los bancos de peniques, que por medio de discursos pronunciados. Atended, como ejemplo, las siguientes observaciones de la relación de Mr. Akroyd :

Dice un secretario : " Todos los imponentes juveniles parecen inclinados á cuidar de sus peniques depositándolos en el banco, y las personas mayores se han convertido al mismo modo de pensar más bien que llevar su dinero suelto á la taberna, ó gastarlo locamente. Algunos operarios de fábricas han ahorrado suficiente capital para comprar algunos animales y principiar sus trabajos agrícolas."

Otro secretario dice : " Un padre de familia que dejó la bebida avergonzado por los depósitos que hacían sus hijos, impone ahora media libra esterlina por semana en el banco. Un hombre notoriamente malo, un minero de carbón, se hizo imponente regular para sí, como asimismo depositando dinero en nombre de su hijo, mientras que antes gastaba en bebidas todo su dinero sobrante. Desde la fecha en que principió á ahorrar, tuvo lugar en su conducta y su carácter una mejora visible. En otro caso indujeron dos muchachos á su padre, también minero de

carbón, á que les permitiera depositar un chelín por semana, hasta que hubiesen economizado lo bastante para comprarse cada uno de ellos un traje nuevo. Antes se gastaban todas sus ganancias en bebidas, tanto las del padre como las de los hijos.

Un secretario de otra sucursal dice que ha visto á padres y á madres que habían sido borrachos, enviar á sus hijos con dinero al banco y añade : " Regocijose mi corazón cuando vi sacar su dinero á un muchacho, que en su vida había tenido un traje nuevo, y volver antes de dos horas bien vestido, para ocupar su lugar en la escuela y ensayar el canto para el Viernes Santo. En la reunión de la Banda de la Esperanza, el Viernes Santo, preguntó á los padres y á los niños que manifestasen levantando sus manos, si el banco había sido ó no benéfico para ellos ; y entonces se levantaron en al acto muchas manos, exclamando una pobre madre : « ¡ Yo levanto mis dos manos por mis dos chicos ! »

" Un minero, padre de familia, corregido de la embriaguez, ahorró su dinero en el banco hasta que, con la ayuda de un empréstito de una sociedad constructora, construyó dos casas con un costo de cuatrocientas libras. El banco ha sido para muchas personas lo que la colmena para la abeja, una especie de despensa ; y cuando los días invernales, de enfermedad ó adversidad se vienen encima, tienen entonces el banco adonde acudir por socorro."

Dice un misionero : " Hará como dos años que encontré á un hombre y su mujer, ambos ebrios. Conseguí que firmasen la promesa, y desde entonces que depositaran su dinero en nuestro Banco. El preñero tenía la mayor parte de sus cosas ; pero tengo el placer de decir que han sacado del empeño todos sus artículos, y pueden traer cada semana un poco de dinero al Banco ; y cuando depositan el dinero, dice el hombre que es mejor que llevarlo á la taberna. Su hogar doméstico es ahora muy confortable."

Una noche se presentó en el Banco un hombre ebrio, y arrojando un chelín para dar comienzo, dijo : " ¡ Vamos ! éste es el precio de seis cuartas de cerveza, pero les aseguro á los

taberneros que no han de volver á tener de mi dinero como antes." Este hombre se ha hecho sobrio, y continúa siendo un imponente regular.

En otro banco, cierto individuo que había sido un hombre abandonado y violento, fué inducido por su mujer á que depositase unos cuantos cobres en el banco. Así lo hizo, y sus depósitos semanales aumentaron, mientras que á la vez disminuían sus visitas á la taberna. En el transcurso de un corto espacio de tiempo tenía á su favor una cantidad respetable; y esto le indujo á tomar una acción de una sociedad constructora, y después otra segunda acción. Después de continuar pagando por algún tiempo por estas acciones, compró un pedazo de terreno, y en él construyó dos casas. Una de ellas la ocupa él mismo, y la otra la alquila. Además de esto, es ahora un negociante respetable, teniendo á dos ó tres jornaleros y un aprendiz que trabajan para él. Es sobrio y ordenado, y muy respetado por sus amigos y vecinos.

Podrían referirse muchos otros casos de la misma especie. En un caso ahorró un muchacho lo suficiente para comprar á su padre un traje nuevo completo; aquél había gastado todas sus ganancias en bebidas, habiéndose reducido á sí mismo y á su familia á la miseria; en otros casos, hay hijos é hijas que sostienen á sus padres enfermos sin recurrir por ayuda á la comisión parroquial. Algunos ahorran para una cosa, otros para otra. Algunos ahorran para emigrar, otros para comprar ropa, unos para comprar un reloj, pero en todos los casos es ejercitada la economía, hasta que el ahorrar se convierte en costumbre.

Uno de los secretarios del Banco de Peniques del condado de York refiere la siguiente anécdota que dará una lección de perseverancia y de estímulo á los directores de las sucursales. " Mr. Smith fué uno de nuestros primeros directores, pero después de asistir dos ó tres veces, nos dejó, diciendo que era *ocupación infantil*. Mi contestación fué que era *con niños con los que teníamos que hacer*. Pero algún tiempo después, le encontré, y en el curso de la conversación, observé que algunas

veces me quedaba *cabizbajo*, y no sabía si estábamos haciendo algún bien, y me sentía dispuesto á abandonar el banco; á lo cual me contestó con calor: " Por Dios, no debéis permitir que esa idea entre en vuestra cabeza; no os podéis imaginar el bien que estáis haciendo; no tenemos un solo hombre en nuestro lugar que no sea imponente ó algún miembro de su familia." Agrega el secretario: " Si alguna vez desespera el coronel Akroyd, le doy la anterior contestación."

De ese modo han sido los bancos de ahorros un medio para hacer un inmenso bien. Han llevado al seno de millares de familias, la paz, la dicha y el bienestar. El ejemplo del señor Akroyd debiera ser imitado ampliamente, y no debiera existir un condado en el reino sin tener su sistema organizado de los Bancos de Peniques.